

ES LODO Y ES POLVO
Y ES HUMO Y ES NADA

César Eduardo

La poesía de César Eduardo: algunas pistas para reinventar el conceptismo

En el ecosistema de los poetas ecuatorianos nacidos en los setenta, la obra de César Eduardo es una flor rara. Su trabajo aquí antologado encarna algo muy singular en la literatura ecuatoriana: el poema argumental. ¿Qué entiendo por poema argumental? A la manera del argentino Alberto Girri, su poesía formula divagaciones y digresiones muchas veces en términos ligeramente abstractos. Todo esto guiado y sostenido por un trabajo alrededor del ritmo y las iteraciones con que el poeta logra sostener melódicamente su poesía. En todo caso, se podría decir que sus textos de madurez en general son fragmentos donde el hablante lírico se expresa en un tono que combina: 1) un verso salmódico que permite al mismo tiempo una extensión suficiente para expresar un asunto, pero sin incurrir en los riesgos muchas veces innecesarios del poema en prosa; 2) un rasgo teatral, dialógico, muchas veces admonitorio e incluso explicativo que lo acerca a los monólogos dramáticos; 3) un guiño argumental (en el sentido de que el autor desarrolla alguna idea compleja sobre la muerte, la caducidad, la poesía); 4) un ethos que parece cruzar en un tren de vapor la distancia entre los valores decimonónicos y los paisajes posmodernos; y 5) alguna anécdota íntima más o menos cifrada o más o menos explícita (como en el bello texto sobre su hija).

Estas características hacen de su trabajo un bicho extraño en el contexto de la poesía ecuatoriana. Ahora bien, hay que señalar que César Eduardo ha suprimido de esta selección dos facetas de su obra: sus primeros textos (más bien de un minimalismo postvalentiano y crepuscular) y sus poemas más post-avantgarde (quizás porque están en las fronteras de otras poéticas autorales, quizás porque ha dejado de suscribir

**RUIDO
BLANCO**

Es polvo y es lodo y es humo y es nada

©2018, César Eduardo,

©2018, edición revisada, Ruido Blanco, Juan José Rodinás

y Andrés Villalba Becdach

ISBN: XOXOX OXOXOX OXOXOX

Diagramación: Juan Valdivia

Diseño de portada: Belén Mena

Quito – Ecuador

el carácter destructivo de esas poéticas). A través de la supresión de estos tramos específicos de su obra, el resto de sus textos configuran una poética personalísima que, en varios sentidos, resulta mucho más sugestiva a solas. Así, al dejar de lado tanto el laconismo simbolista de sus dos primeros libros (en los que su tono más característico no estaba sino en ciernes) y la parafernalia de algunos segmentos de su poesía más reciente, César Eduardo se sincera consigo mismo en lo único en que puede ser sincero un poeta: el tono. De hecho, el tono –y no los temas como creen los románticos– evidencia el ritmo en que un poeta medita, camina, come, hace el amor o grita y susurra. Cualquiera otra idea de verdad sobre la poesía es ideológica, inasible, vieja y cursi.

El tono de esta selección busca además un acercamiento entre poéticas enfrentadas por razones de estética y de política: la post-vanguardia barroca con sus popes tiránicos y la denominada poesía de la emoción (mucho más democrática como propuesta de lectura y asociación humana, aunque limitada en sus ideas sobre el lenguaje). No quiero exagerar, pero me parece que en este libro de César está esbozada una tercera vía estilística, una socialdemocracia lírica (al menos para el contexto ecuatoriano de mi generación). Este camino ecuménico y ecléctico que el poeta ha decidido recorrer se permite la búsqueda de la emotividad, pero emplea estrategias no convencionales para lograrla. Veamos el ejemplo del poema “Aniversario” del que he elegido un fragmento:

Ahora, dos de junio, que soy mis tres amigos fallecidos,
Recuerdo que en mi adolescencia me llamaban Armando
y Plinio y Francisco.
Ahora que soy también mi compañera muerta de la infancia,
Recuerdo que me llamaban Andreíta, la Gringa, la Alemana.
Ahora que soy también la abuela muerta, que fue mi madre,
Recuerdo que me bautizaron: Teresa Albertina Carrión Rojas.
Ahora que escribo los nombres de mis muertos ante el espejo,

En primer lugar, resulta evidente que el despliegue de una estrategia paralelística (versos que alternadamente inician con las mismas palabras) crea un efecto salmódico, mántrico, que facilita la recordación del texto. Además, la repetición de la palabra “que” contribuye a configurar esa estructura paralelística y hace que el texto nos ofrezca a la vez sensaciones de orden y de flujo. Esto es algo característico de su mejor poesía: una ilusión de desequilibrio dentro una propuesta equilibrada, precisa. Además, los nombres propios enhebrados por el hablante lírico que se permite dar voz a sus muertos próximos sintetiza su saga familiar y afectiva, y crea así un clima de intimidad, pues parece congregarlos en un gesto de sencillez, memoria y afectividad.

El fragmento antes comentado se trata apenas de un ejemplo de algo que yo llamaría coloquialismo conceptual, conceptismo emotivo o, haciendo un guiño al Siglo de Oro, simplemente neo-conceptismo. En todo caso, este replanteamiento de su poética hacia una vía ecuménica también posee una dimensión político-estética relacionada con la búsqueda de una posible singularidad artística: ser algo significativamente distinto a aquello otro que te rodea. Compartir el nicho ecológico de la poesía con animales con hábitos de movimiento y de alimentación similares a los nuestros genera caos, redundancia. Es preferible dar lugar a la diferencia, buscar en los márgenes y los intersticios aquello que es más nuestro de todo ese gran pastel que es la realidad. Se trata de una misión difícil que el poeta –esta antología es la prueba irrefutable de ello– finalmente ha alcanzado. Si bien sus primerísimos poemas aparecieron publicados en algún volumen colectivo allá en los ya lejanos años noventa, la poesía de César Eduardo solamente aquí nos muestra todo su poder, singularidad y belleza.

Juan José Rodinás

*Teologías y teoremas que nos matan y
alimentan...*

Materiales de construcción

Y pronuncio las palabras que disponen la materia en teologías y teoremas.

Y pronuncio estas palabras, aunque ignore casi todo lo que digan y aunque digan

Fechorías, perversiones y mentiras; aunque a veces ya no digan ni mi nombre;

Aunque a veces solo digan fechorías, perversiones y mentiras... Las palabras:

Material con que hacemos los hombres países e Iglesias, Estados y templos;

Material de malhechores, de perversos, de habladores, de cadáveres perfectos.

Las entrañas del que ignora se corrompen y las tripas de los sabios se fermentan.

Y soplan los vientos y vuelan las aves, y soplan los vientos y vuelan las aves...

Y el vino de las sombras duerme plácido, entre estiércol y taninos silenciosos,

Esperando la cosecha centenaria de los robles. Entre tanto, las palabras:

Teologías y teoremas que nos matan y alimentan, teologías y teoremas...

¡Cuántas cosas nos decimos en las lenguas y las señas de los ciego-sordo-mudos!

¿Ámense los unos a los otros? ¡El discurso más violento de profeta conocido!

Porque uno mismo es uno mismo, es uno mismo, es uno mismo, es uno mismo...

Teologías y teoremas que nos matan y alimentan, teologías
y teoremas
Que nos matan y alimentan, material de perdedores, de
ambiciosos, de poetas.

Preguntas retóricas

¿Soy la bestia que se arroja voluntariamente al fuego de la
pira funeraria?
¿Soy los turcos empalados por millares en los feudos del
vaivoda de Valaquia?
¿Soy los miles de mandingas esposados a los cascos de galeras
holandesas?
¿Soy los miles de mitayos asfixiados en las minas de la casa
de los Austrias?
¿Soy el perro fiel, asesinado por su amo, en los festines
culinarios de la China?
¿Y si tengo ese mismo remedio de todos los dioses y todos
los hombres?

Pobres de los hombres, cuyas hembras no se limpien los
hedores de su duelo.
Pobres de las hembras, cuyos machos se empecinen en los
ritos de su duelo.
Porque como y porque bebo, nada más y nada menos, que
aquella misma sombra
Y aquellas mismas luces que nos matan y alimentan: los
silencios, las palabras,
De los santos miserables que saludan desde el púlpito a la
plebe embrutecida.
¿Y soy de la misma materia de todos los dioses y todos los
hombres?

Aclara tus dudas de nuevo, hermenéutico-simio, mamífero-
insecto.
¿Qué harías tú para aplacar la neurastenia de los dioses más
antiguos?

¿De qué extraña atrocidad te servirías por vivir un minuto,
unas horas de más?
Pero no en el Agua, pero no en el Fuego, pero no en el
máximo Trueno,
Porque aquello que consigo en la palabra y el silencio, en la
palabra y el silencio, en la palabra...
Apenas lo poseo, lo abandono en el umbral de la memoria y
el olvido.

Llamado a la tribu

Volver al eco. Volver al habla. Volver a balbucear es liberarse
de este karma.
Te aprisiona el deseo de un dios que se oculta en la sangre
reseca de un muerto.
Esta lengua no es concreta. Es una lengua disoluta que
extorsiona tus sentidos.
Te seducen las piernas abiertas de un ángel lascivo, goloso,
asesino, perfecto.
Esta lengua es un saber, es un sabor, es un martillo desabrido.
Es un confite.
Fonética desnuda, la locura del poema que se niega a ser él
mismo, por él mismo:

Observa lo que te pasa si te acarician estos incendios, estos
sonidos.
El carnicero es inevitable, al menos que seas un ciego, al
menos que seas un necio.
Este ciego y este necio que acarician tus palabras con la miel
de su flagelo.
¿De qué color serán tus ojos, donde anidan las texturas de
las sombras?
Pero no tu propia sombra, que los ciegos y los necios no
distinguen entre sombras.

Observa lo que sucede si te acarician estas ventiscas, estas
canciones.
Percibir este momento es aprender a hacer silencio, silencio,
silencio...
Pero ahora balbuceo, envejecido de entusiasmo: ¡Viva el
barco, surque el barco!

Pero ahora trastabillo, enmohecido por la flor, que es esta
flor, que es toda flor.

Y digo flor, como ya digo cumplimiento, mastodonte,
libertades, pestilencia...

Observa lo que te pasa si te acarician otras aguas, otras hienas,
otros asnos.

Percibir este momento es aprender a hacer silencio, silencio,
silencio...

Yo también era locuaz, hasta que obtuve el don del habla, bla
bla bla bla...

Y digo flor, como ya digo sentimiento, mortecina y,
nuevamente, libertad...

Observa lo que te pasa si te acaricia este silencio, todo
silencio, cualquier silencio:

Volver al eco, volver al habla. Volver a pronunciar la primera
palabra, bla bla bla...

Carta de intención

Mis nuevos arrebatos ya no son otro poema, porque son una
sentencia y una cólera, un abismo.

Abismo de otros mares de certeza, que los dueños y señores
de mi patria desconocen,

Que sus siervos sirven, que los ciervos pastan, que los pastos
brotan, que los brutos beben.

Abismos semejantes al olvido: la serpiente recelosa de su
propia sombra, de su propia noche.

Abismos semejantes a la noche, que es cualquier noche y es
esta misma noche,

Porque toda noche es definitiva, porque es una cólera, porque
es un abismo,

Aunque se parezca demasiado a este poema, aunque sea este
mismo maldito poema.

Mis nuevas ambiciones ya no son otro poema. Son quizás el
hallazgo de amor absoluto.

Absoluto como el fin de la tormenta, de cualquier tormenta,
de esta misma lluvia,

Porque las tormentas se parecen al amor, según me han dicho
quienes reptan por los sueños.

Según pregonan los curanderos con sus misterios, con sus
promesas, con sus mentiras,

Con sus palabras, que suenan despacio, que no dicen nada,
que saben tan dulce...

Según dicen los que pueden saborear esas palabras, cualquier
palabra, estas mismas palabras.

Mi nuevo dilema ya no es un poema, aunque fue un
cataclismo del cuerpo,